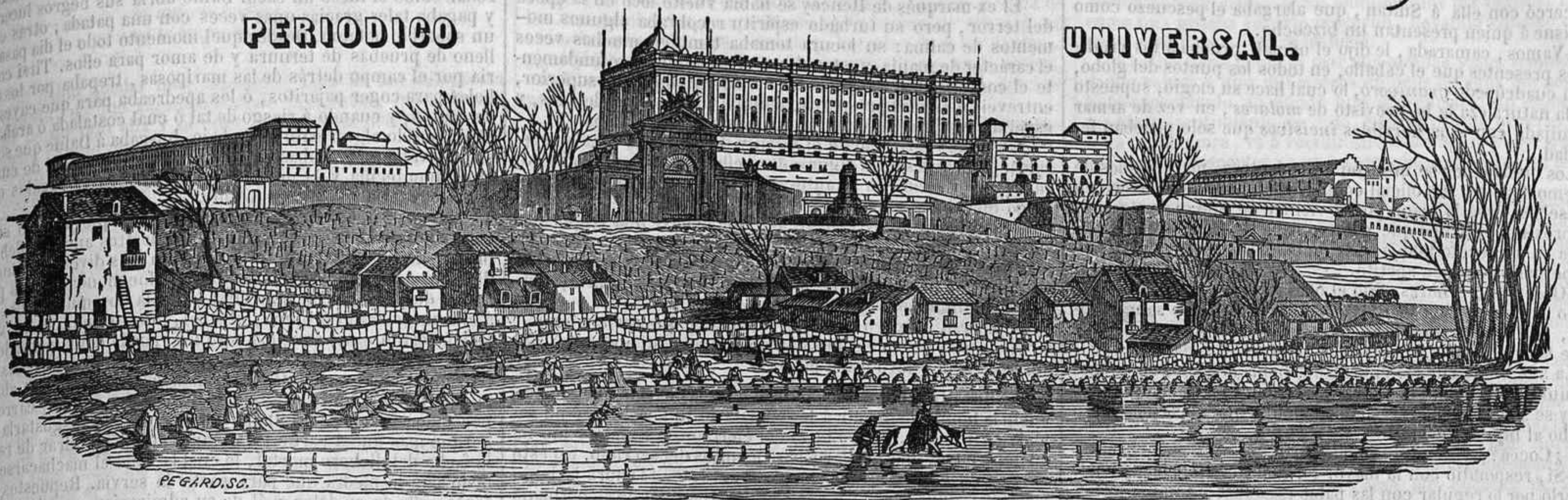


# LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 8 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.

Número suelto 4 rs.

NUM. 211.—SÁBADO 12 DE MARZO DE 1853.

MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60.

Ultramar y extranjero: Año 90.

## LAS CENAS DEL DIRECTORIO.

### CAPÍTULO V.

La Turena.

Un caballo árabe entregado á toda la impetuosidad de su carrera, ó un ciervo atravesando á escape una campiña, son cosas imprevisas. ¿A dónde van? ¿Quién puede detenerlos?

¿Cuál puede ser el término de su loca y rápida marcha? Nadie lo sabe. ¿Puede acaso determinar el ballestero dónde se detendrá la flecha que acaba de partir de su arco y que atraviesa el espacio?

Quince ó diez y seis años habian trascurrido desde la desaparicion del capitán Raimundo. Un sol magnífico iluminaba las praderas situadas á orillas del Loira en las cercanías de la ciudad de Tours. Eran sobre las nueve de la mañana, cuando nuestro oficial entraba en la capital de la rica provincia de Turena, tan llena de recuerdos de la antigua Francia. Había viajado toda la noche, pero había concedido muchos descansos á la fogsidad de Sultan, pues tenía para él todas las consideraciones imaginables.

Al entrar en la gran calle de Tours, que hace frente al puente del Loira y divide en dos partes toda la estension de la ciudad, el ginete y el caballo, frescos, sin manifestar cansancio y con muy poco polvo, parecia que regresaban de un paseo. Raimundo solo llevaba en la grupa del corcel una maletita, que desaparecia bajo los faldones de su levita de montar. También se veían en el arzon dos pistolas; pero esta precaución á nadie admiraba en un tiempo en que todos atendían á su seguridad personal al ponerse en camino.

Así pues, nuestro oficial fué recibido en la gran hostería del *Faisan*, situada en la que ya empezaba á llamarse calle Real, como un caballero que llegaba de alguna hacienda de las cercanías, con el objeto de permanecer cuatro ó cinco horas en la ciudad.

El fondista le recibió con estrema política, pues la hermosura del caballo hubiera respondido del rango y de la educacion del caballero, en caso de que Raimundo hubiera necesitado fiadores.

—Dos cubiertos, y que sean buenos, ciudadano, dijo el capitán al fondista.

—No viene solo el caballero? preguntó este.

—¡Demonio! murmuró Raimundo; también en Turena dicen *caballero* como en París. Somos dos buenos camaradas, señor fondista, mi caballo y yo, aun cuando no debemos almorzar en la misma sala.

—Ya lo entiendo: deseais que vuestro corcel sea tratado con esmero: pues bien, el caballero quedará satisfecho.

Raimundo siguió al Sultan á la cuadra; le quitó la brida y la silla y dispuso que le echasen encima una manta. Hecho esto dijo:

—Este caballo dará resoplidos á su placer por espacio de media hora; después se le dará doble racion de avena; pero me avisareis cuando llegue este caso, porque tiene un defecto...

—¿Cuál es, caballero? preguntó el mozo de la cuadra algo conmovido.

—Ya os lo diré luego.

Raimundo subió después al aposento que le habían preparado y cuyas ventanas daban á la calle Real, que era la mayor de la ciudad. Como el viaje de París á Tours, que acababa de hacer, no había sido mas que un rápido paseo para el capitán, se arregló el traje en pocos minutos, y en vez de descansar se asomó á una ventana.

Siempre fué Tours una ciudad aristocrática. Apenas la había despojado la revolucion de una parte de ese tipo antiguo que caracteriza á una ciudad, como caracteriza á una familia ó á un gran señor. Las dos torres góticas de la catedral se elevaban enfrente del mirador de la estancia que ocupaba nuestro oficial; pero aquellos campanarios metropolitanos, si bien conservaban su maravillosa elegancia arquitectónica, habían perdido su armonía; las bocas de sus campanas permanecían mudas hacia mucho tiempo. Dejando á un lado este triste recuerdo, el aspecto de la ciudad era encantador, pues las bellísimas vendedoras de la Turena vendían en la calle Mayor frescas legumbres, quesos blanquísimos y escelentes aves. En sus canastillos figuraban hermosas flores, circunstan- cia que prestaba un colorido de fiesta al mercado, semejante al ramillete colocado en el pecho de una aldeana.

—Bellísimo país, decía para sí Raimundo; siempre el mismo, á pesar de tantos infortunios.

Entregado estaba á sus filosóficas reflexiones, cuando fueron á avisarle que el caballo árabe no hacia mas que morde- der el pesebre.

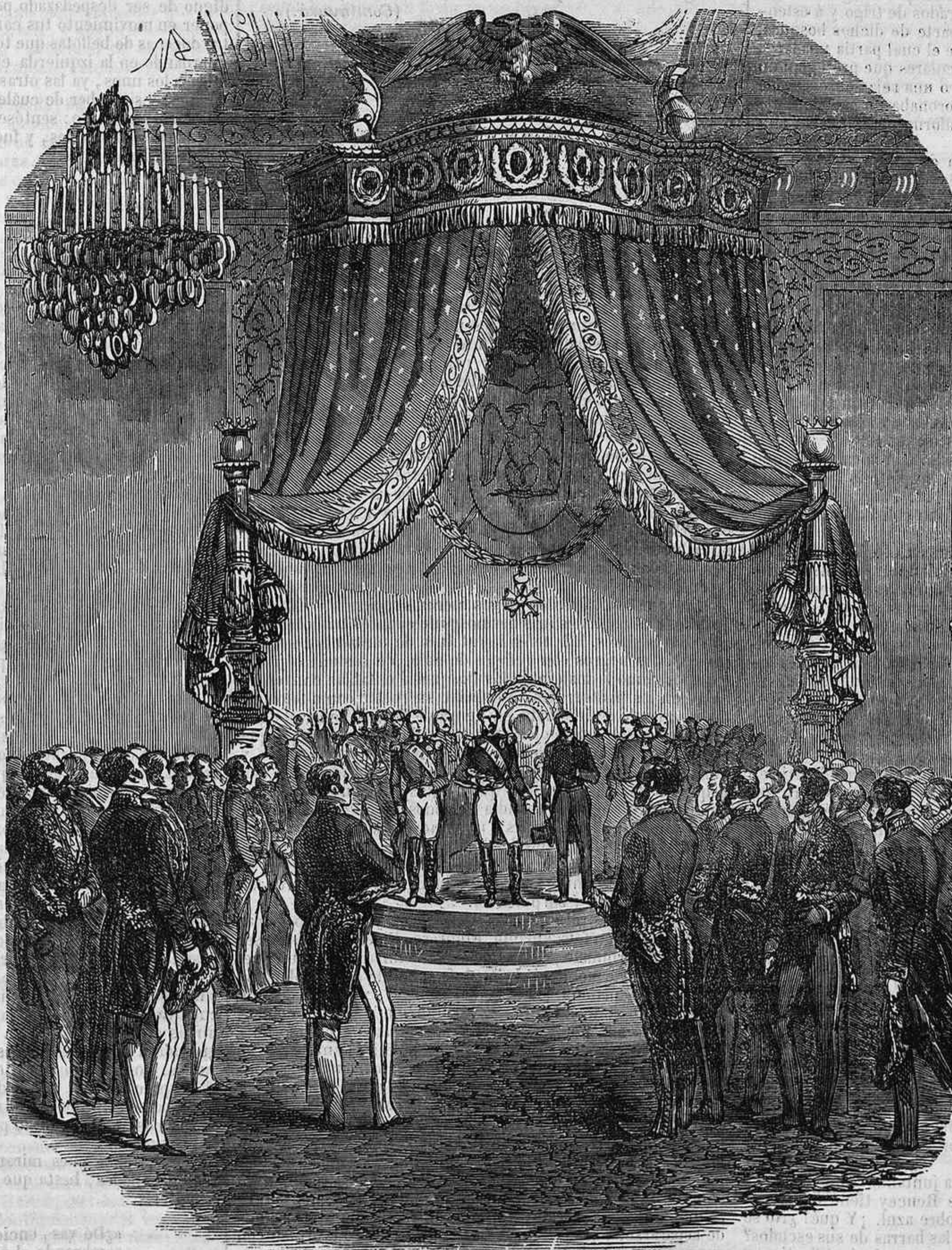
—En verdad, dijo el oficial, que no está obligado á admirar como yo los primores de esta pintoresca ciudad.

Al llegar á la cuadra encontró Raimundo un grupo de cinco ó seis *ciudadanos*, que examinaban con la boca abierta el magnífico caballo recién llegado. El fondista se entregaba en medio de aquellos *inteligentes* á sus observaciones científicas sobre las razas predilectas.

—Señores, dijo el oficial, os voy á presentar un hecho sobre el cual estan de acuerdo todas las opiniones, y es que todos los caballos de las cuatro partes del mundo abrigan una pasión pronunciada por el grano de avena.

—¡Es posible! exclamaron seriamente los honrados ciudadanos.

—Mi palabra de honor, contestó el oficial disimulando una sonrisa. Mozo, traed racion doble de avena á este hijo del desierto, y se verá que, aunque haya madurado el grano



El trono imperial en el palacio de las Tullerías.



Sonrióse Filis, abrió la boca y soltó lo siguiente:

«De do vengo ahora  
y á donde he de ir,  
ni quiero decirlo,  
ni te importa á tí.»

No debió quedar muy satisfecho Tirsi de tan categórica respuesta, porque siguió lloviendo preguntas, hasta que al cabo de un rato ella y él eran los amantes más tiernos del mundo. ¡Tanto place lo nuevo!

Paso por alto que ambos vieron á los otros ambos en dulce coloquio sin dárseles un ardite, y digo que pasados algunos días de completa dicha, Tirsi y Dafne se buscaron, y después de haberse convenido en una separación, como que no era fácil devolverse sus corazones, cada uno de ellos regaló al otro el que este ya tenía en su pecho. Damon y Filis ajustaron igualmente sus voluntades, y desde entonces, con eterno vínculo unidos, vivieron contentos y felices Tirsi con Filis, y Damon con Dafne, llenando los árboles ya de TT. y FF., ya de DD. enlazadas, pelando primavera para hacer guirnaldas y poblando los bosques de pequeños habitantes tan hermosos como sus padres.

No falta quien sostenga que semejante paz fué tal cual vez turbada por miradas y guiños á la muger del vecino ó al marido de la vecina; mas sobre ser estas cosas tan inocentes en aquel siglo como en el actual, servían si acaso únicamente para matizar el cielo de la felicidad conyugal con nubecillas que mas y mas le hermoseaban.

Pero ya que tengo la proporción de acabar mi cuento, no con una boda, sino con dos, corto el hilo de la narración, y para que los lectores no se cansen en averiguar quién es su autor, que es lástima que lo bueno corra anónimo, firmo con todas sus letras.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

### UNA HISTORIA DE AYER.

La que vais á leer tiene todas las apariencias de una fábula, porque se trata de un hombre virtuoso en nuestros días: también se asemeja á una de esas relaciones que creemos haber leído ya en alguna novela, y cuyo recuerdo medio borrado nos persigue, como la conclusión de un sueño. Mi relato, no obstante, es completamente auténtico: escuchadlo pues con atención.

Villequier es una aldea normanda, situada en la embocadura del Sena, á una legua de Caudebec, la ciudad predilecta del buen Enrique. Figúraos, en un delicioso valle rodeado de bosques sombríos y encantadores, unas cuantas miserables casas rústicas, ocultas entre los copudos árboles, como nidos entre zarzales: el Sena, ancho y poderoso río en aquel sitio, lame los umbrales de dichas casas, las cuales baña, ó mejor dicho, inunda dos veces al día, en la época de las grandes mareas equinociales. En Villequier, último término del terreno habitable, supuesto que el camino desaparece de pronto delante del viajero, el Sena llena todas las necesidades, porque se convierte en todo; en camino, en comercio y en industria. Además ofrece á los pobres pescadores del país víveres en abundancia: en una palabra, el Sena y la carrera del pilotaje son los únicos recursos de aquel territorio.

Una iglesia, obra maestra agreste de pequeñas proporciones, levanta su altivo campanario sobre las copas de los árboles; el autor de las *Meditaciones* ha escrito una bellísima elegía, que parece aplicable á aquel solitario templo.

Vivia y aun vive en Villequier un honrado piloto mercante, que después de haber recorrido por mar las cuatro partes del mundo, y haberse sacrificado por su país, como buen ciudadano, se convenció de la necesidad que tenía de casarse, y de descansar de sus fatigas: si algún hombre merece disfrutar en esta vida algunos instantes de sosiego, nadie negará al marino esta ventaja. Después del matrimonio llegaron los hijos, y con estos las escaseces, que ya eran grandes antes de que se aumentase la familia.

El mayor tenía unos diez años, y prometía ser un buen marino, pues ni era perezoso ni cobarde: siempre estaba alegre y causaba un verdadero placer el oírle cantar cuando preparaba la barca de su padre. No había en los alrededores un muchacho que sostuviese tanto la voz en los puntos altos; era un canario ó un ruiseñor. «Aun cuando cantes sin cesar desde la mañana hasta la noche, le decía su padre, y aunque lo hagas mejor que todos los pájaros del bosque, solo tus brazos te proporcionarán el sustento, y nunca podrás alimentarte con la música.»

El piloto tenía en Rouen un hermano, y este fué á buscar al padre de nuestro cantor, como le llamaban, y le dijo: «Deja que lleve conmigo al muchacho, pues sabes que estoy bien acomodado; haré que sea un hombre laborioso, si los hay: tengo ahorros, el cielo no me ha dado hijos, y será mi heredero.»

El padre deseaba que el cantor no se separase de su lado, porque era su mejor alhaja, como que se iba haciendo ya mozo, adquiría fuerzas y se aficionaba á la pesca: consideraba por lo mismo como una desgracia el privarse de estas ventajas; pero al fin habló tanto y tan bien su hermano, que el joven cantor se despidió de su familia con el corazón oprimido y el bolsillo harto ligero.

Llévete su tío á Rouen, donde encontró, entre los aprendices de su edad, buenos camaradas que le cobraron mucho afecto, pero que no pudieron hacerle olvidar el Sena, Villequier, sus bosques, sus alquerías y los demás recuerdos de su infancia. La voz era únicamente lo que le quedaba, y halló en la música al principio un consuelo y después un placer. ¡Era tan feliz cuando, creyéndose solo, se entregaba á esas melodías que parten del corazón, á esas frases musicales que nos parecen tan dulces y tan fáciles, que han producido los grandes maestros del arte! Continuamente le interrumpían los bravos de sus compañeros y de cuantos le oían, y aquella aprobación de unos hombres ignorantes hacían palpitar su corazón de artista. Parte del dinero que ganaba era para ayu-

dar á sus padres y para enviarles algunos regalitos de la capital del departamento; el resto le servía para frecuentar el teatro.

¡El teatro! ¡Sueño de su infancia, objeto de su existencia, su querido Eldorado! Oír todos los días la preciosa música de los mas celebrados compositores, penetrarse de ella con un ardor inesplorable, apropiársela y hacerla oír á los demás... ¡Qué júbilo! En cuanto á la idea de presentarse en la escena, con la cual soñaba despierto, era para él un delirio, un imposible, en el cual no podía ni debía pensar.

Y con todo, la reputación de nuestro cantor se aumentaba: tuvo admiradores y luego maestros; el prefecto quiso oírle en sus reuniones y el teatro le admitió en sus coros. Era ya un artista.

¿Y creéis que en su familia causó esta transformación un verdadero placer? En manera alguna. El padre había imaginado mejor porvenir para su hijo; una buena tienda ó una barca bien dispuesta le hubieran convenido mas. ¿Quién hubiera creído, cuando el joven cantor iba á visitar á sus padres y hermanos y le pedían que entonasen un aria, que había de llegar el día en que se *hiciera oír por dinero?* ¡Pisar las tablas un joven educado tan devotamente! ¡Qué horror! Se resistió largo tiempo, mas por último le fué preciso resignarse, porque tal era su vocación.

Cierto día dió orden el director de la Academia Real de Música para que ajustasen al que ya no debemos llamar cantor, sino cantante. Diéronle maestros y se le concedió una asignación: en fin, hizo su *debut* y siguió su carrera.

El resto nadie puede ignorarlo, porque como ya he dicho, esta historia es verdadera.

El hijo del piloto, el pescador de Villequier, el aprendiz de Rouen... todos lo conocen en Francia; es Poultier.

Después de salir del teatro de la Opera, ha perfeccionado su estilo y completado sus estudios en sus viajes. Hoy es un verdadero artista; mañana tal vez le llamarán un grande artista, un artista creador. Entre tanto se contenta con ganar mucho dinero, sin haber dejado de mostrarse, como en otro tiempo, hijo excelente, hombre honrado y generoso y buen amigo de todos los que á él acuden.

Con la primera suma que pudo reunir volvió á su país. La casa paterna se estaba desmoronando de vieja y quiso que se reedificase á sus espensas, haciéndola mas grande y cómoda; pero el viejo piloto no accedió á ello, diciendo que todavía conservaba algunos ahorros y dos fornidos brazos, capaces de manejar los remos. Poultier dispuso de lo que su padre no quería en favor de su hermana, á la que dotó é hizo feliz. Concluidas las escursiones que hace á las provincias ó al extranjero, vuelve lleno de oro á Villequier al seno de su familia, que le ama tiernamente, se informa de las necesidades de sus queridos paisanos y las remedia con largueza y sin ostentación. A este adelanta dinero, que tiene buen cuidado de no cobrar; á aquel regala redes nuevas y le presta lo necesario para que compre una barca, suponiendo que quiere tener parte en las ganancias de la pesca; por todas partes esparce en su país los tesoros de su beneficencia.

Y ahora que os he dado á conocer al artista y al hombre caritativo, permitidme que os refiera dos hechos que le conciernen, á fin de completar su historia.

Poultier estaba dando en la capital de la Normandía varios conciertos, con una concurrencia tan numerosa y constante, como nunca se ha visto en aquel teatro. Aquello era un verdadero entusiasmo, un delirio increíble: repetidas ovaciones probaban al artista que el público de Rouen, tacaño, cruel é injusto para muchos, sabía apreciar su talento y su carácter.

Paseábase por el muelle pensando con enternecimiento en los días de su primera juventud, destinada á la humilde condición de pescador. De pronto le distrajo de sus ideas la presencia de un hombre, cuyas facciones recordó confusamente. Al ver al artista, aquel hombre se volvió bruscamente y prosiguió su camino, mas Poultier le reconoció y le detuvo diciendo:

—¿Cómo es eso, amigo mio? Cuando tengo el gusto de volver á verte, ¿tratas de evitar mi encuentro? ¿Con que ya no te acuerdas de tus antiguos compañeros?

—Es que... caballero, los tiempos han cambiado mucho desde entonces... Vos sois ahora un hombre rico, un cantante, un... ¡cómo diablos se dice!... un artista, al paso que yo, pobre diablo, siempre soy Juan el gordo, como antes. Por fin me he casado.

—¿Y tu muger?

—¡Oh! En cuanto á eso, nada tengo que decir; buena, respetuosa, amable y económica; pero somos pobres, porque tengo tres hijos.

—Tanto mejor, repuso Poultier.

—¡Diablo! Tanto peor habreis querido decir.

—Tanto peor, ó tanto mejor... como quieras, pero yo me entiendo. Dame las señas de tu casa, pues deseo conocer á tu familia.

—¡Oh! mi casa está lejos de aquí, en Martinville, al lado de los arrabales; además es muy triste y poco limpia; ya sabeis que los pobres...

—No importa; iré á ella.

Los dos amigos se separaron, pero el día siguiente á la hora convenida entraba Poultier en la habitación de su antiguo camarada, á quien preguntó, después de saludar á su muger:

—¿Y tus hijos?

—Los dos mayores están en la escuela y el tercero en esa cuna.

Poultier se acercó á ella, besó al niño y metió debajo de su almohadita cuarenta luises.

—¿No era un encantador que acababa de hacer dichosa á una familia entera?

En otra ocasión rogaron á Poultier que se prestase á cantar en una función á beneficio de los establecimientos de beneficencia.

—Consiento en ello, respondió el artista, pero quiero por mi trabajo mil y quinientos francos.

Accedióse á su demanda y tuvo efecto la función. Al día siguiente dijo Poultier al subprefecto del departamento:

—Os entrego mil quinientos francos que la administración del teatro me ha pagado de sus fondos particulares por haber cantado anoche: yo los destino para alivio de los pobres.

### EL PORTAZGO DEL NILO.

El portazgo del Nilo es una obra gigantesca que permanecerá aun en medio de los monumentos del antiguo Egipto, como una prueba del arte moderno, llevando consigo el sello del atrevimiento y de la utilidad.

El Nilo tiene como el mar sus oleadas y sus tempestades, dando cabida á diez mil metros cúbicos de agua por segundo. Este espectáculo no puede uno presenciarle sin experimentar cierto sentimiento de gozo, pensando que este río, indómito hasta ahora, va á recibir dirección de un poder que moderará sus trasportes y sus escesos para utilizarle en favor de la agricultura y la navegación.

Era precisa toda la audacia del genio de Mehemet-Alí, para concebir un proyecto que combatian todos sus ministros, y que considerado por todos los pueblos de Europa como una verdadera locura, declaraban su ejecución como totalmente imposible. Es verdad que Mehemet-Alí tenía á su servicio un ingeniero francés de carácter resuelto, lleno de erudición, que ha estudiado con ardor todos los recursos del arte y que sabe emplearlos hábilmente.

Se empezaron pues los trabajos del portazgo, contando solo para llevarlos á cabo con la voluntad de Mehemet-Alí, y la resolución del ingeniero, y la cabeza del Delta, que no era mas que un desierto cubierto de zarzas y de espinas, habitado por serpientes y por los rebaños de jabalíes que durante la noche venían á comer bajo las tiendas de los empleados y trabajadores; se fué cubriendo como por encanto de talleres magníficos donde el vapor presentaba sus maravillas á los estupefactos egipcios, y los ladrillos, el yeso y los morteros, junto con los golpes de las picas, la animación de los operarios y decisión de los directores, ofrecía un espectáculo de actividad grande é interesante; entonces cesaron todas las oposiciones sordas, y los poetas árabes cantaron la gloria de Mehemet-Alí y el triunfo del arte sobre el poder de las aguas.

El 9 de abril de 1847 se puso la primera piedra por el mismo Mehemet-Alí, en presencia de todos los jefes de la religion. Se hizo una súplica sobre la sangre de cincuenta búfalos degollados en la plaza, siguiendo de este modo los antiguos usos, y ante todos los consules de las potencias estranas y de todos los altos funcionarios del país invitados por el gobernador. A esta fiesta fueron convidados también los quince mil hombres de tropa que formaban el cuerpo de obreros; tan gran número de convidados traía á la memoria las bodas de Camacho aunque las dejaban muy atrás. La cocina se hallaba ocupada por trescientos cocineros ó marmitones, que asaban enteros los bueyes y los carneros, y en el patio que había fuegos artificiales, danzaban bailarines árabes y volteadores argelinos, completando el espectáculo con dos pirámides de Marruecos.

La utilidad de esta famosa obra es reconocida hoy por todo el mundo.

Los trabajos del campo están divididos en dos grandes categorías; los cultivos del invierno que comprende la cereales, el trebol y el lino, para lo que se aprovecha la inundación natural del río que tiene lugar en todo el mes de setiembre, y los cultivos de verano que forman los productos mas ricos, como el algodón, el añil, el azucar, el cáñamo, etc. En esta época, como el Nilo está bajo, era necesario elevar el agua con dos m quinas que, después de ser sumamente costosas, estendian muy poco sus beneficios. Para mejorarlas ha ordenado Mehemet-Alí el portazgo que hace subir la superficie del río á una altura bastante elevada para que las aguas recorran todos los campos cultivados, y producir así en el estío por medio del arte los frutos que antes se daban solo en invierno. Además como el río abandonado á sí mismo tiene muchas inundaciones que son demasiado fuertes unas veces por los desastres que causan, y otras demasiado pequeñas para que reporten ninguna utilidad, resulta que esta desigualdad y esta inoportunidad en los riegos, lejos de ser provechosa, malograba muchas veces las mejores esperanzas del cultivador. El portazgo remedia todos estos inconvenientes, y asegura á todo el bajo Egipto la cantidad de agua necesaria para satisfacer sus necesidades agrícolas.

Este era el objeto que se había propuesto Mehemet-Alí. El portazgo tal cual ha sido concebido por Mongel-Bey, ingeniero que ha dirigido los trabajos, consiste en dos puentes-portazgos, unidos á la cabeza del Delta, el uno sobre el brazo de la Rosette, y el otro sobre el de Damietta, y enlazados sobre ellos por un muelle inclinado de 1500 de longitud, que forma una especie de espolon para separar las aguas del río. De un extremo á otro de los dos portazgos hay una media legua de largo, ocupada por la masa de agua del Nilo, que ofrece en este parage el golpe de vista mas magnífico.

Tres canales de 100 metros de longitud reciben el agua por la parte superior del portazgo, y se hallan destinados á estenderlas por todo el bajo Egipto; uno de ellos atraviesa el Delta; el segundo la provincia de Alejandría, y el tercero la del Este, que separa el Egipto de la Siria.

El grabado que presentamos representa el estado actual del puente establecido sobre el brazo de la Rosette; tiene cuatrocientos setenta y cinco metros de largo, una arca marina de quince metros, y una esclusa de doce metros de anchura para el paso de los barcos.

Por consideraciones de política extranjera, Abbas-Pachá, hijo de Mehemet-Alí, ha entibiado los trabajos, y no ha querido concluir por ahora mas que la parte de albanilería de los dos puentes; pero la obra está ya pronta para hacer sus pruebas y fertilizar las tierras, y se puede tener la seguridad de que un día ú otro será acabada; porque una idea justa y útil podrá hallar obstáculos, pero no se pasa mucho tiempo sin que estos se venzan y se recojan los frutos. El ingeniero que ha sido olvidado por el gobierno, hallará la justicia y los honores que le son debidos por la habilidad, vigor y perseverancia que ha desplegado en esta empresa, que será una de las glorias de Mehemet-Alí y de Abbas-Pachá, al mismo tiempo que labrará la fortuna de Egipto.

LA SEÑORITA DE KEROUARE,

POR J. SANDEAU.

(Continuacion.)

María, al fin, después de haberse desahogado un tanto, dijo entre sollozos: —Os lo diré todo, caballero. Después me matareis, porque este debe ser el término. Escuchadme; ¡soy muy desgraciada!

Las lágrimas la impidieron continuar. —Os ruego que os calmeis, María, y tranquiliceis antes vuestra alma, le dijo Mr. de Grand-Lieu; pensad que no estais en presencia de dueño ni señor alguno, sino bajo la salvaguardia de un hombre de honor.

—Dejadme hablar, repuso ella; os lo diré todo. ¿Pero podré, ¡Dios mio! hacerlo, sin heriros mortalmente? Sin embargo, es preciso que lo sepais todo. Caballero de Grand-Lieu, no os amo ni os he amado nunca, y solo he podido entregaros mi mano; hace ya mucho tiempo que no podía disponer de mi corazón. Pero no os irriteis. Mi vida os pertenece; y cuando os lo haya contado todo, hareis de mí lo que querais. Podreis matarme, enviarme á un convento;... sea cualquiera el medio que adopteis, os bendeciré siempre. Mi historia es muy triste. Soy muy culpable, lo confieso; pero todavía soy mucho mas desgraciada. Después de oirme, estoy segura que me compadeceréis. Creo que en el mundo no existe nadie mas infeliz que yo. Cuando pedisteis mi mano, era yo entonces una niña y nada sabia de amor. Lo único que conocia era el cariño que me profesaba mi padre. En aquella época fuí completamente feliz. Esto me ha perdido. Dejé que mi padre os prometiese mi palabra y mi fé: deseaba esta alianza y su deseo era para mí una ley. Además yo os tenia en grande estima y respeto, y os profesaba un cariño fraternal. Creí que aquello sería amor... mas tarde he aprendido, á costa mia, que me engañaba. ¿Qué os podré decir mas? mi corazón se dejó llevar sin conocerlo. Ignoro cómo fué esto: vos no estabais allí para defenderme; yo estaba sola y no pensaba en nada. El fatal amor estalló en mi pecho como el rayo en un dia sereno. No podré explicaros la causa, pero es lo cierto que á vuestro regreso vuestra prometida amaba á otro... ¡Oh! ¡no me interrumpais!... he sufrido mucho, no lo dudeis. Recordad mi profunda y continuada tristeza... ¡Si supierais cuántas noches he pasado anegada en lágrimas! ¡Tal vez me habreis tomado por una niña mal criada y caprichosa!... ¡pero era tan desgraciada! Muchas veces he tratado de confesaroslo todo; vuestra bondad infatigable me animaba; pero el temor de disgustar á mi padre me ha detenido siempre. Esperaba un mo-



Una matanza de cosacos.

á confesarle que no os amaba. Figuraos lo que debió sufrir habiéndos ya adoptado como hijo. Pero yo abrazaba sus rodillas, y bañaba sus manos con mis lágrimas. Hacia ya mucho tiempo que yo sufría: mi salud no habia podido resistir á lucha tan prolongada. Estaba pálida, demacrada, y mis ojos enrojecidos con el llanto. Mi padre enternecido á mi aspecto no pudo resistir, y se sentó á la mesa para escribiros pidiéndoos nos devolvieseis nuestra palabra. Vos entrasteis en aquel momento. Una hora mas tarde todo se salvaba. Pobre, arruinado, proscrito, vaniais á devolvernos generosamente nuestra pro-

se silencio á mi amor en cuanto pude; y si no sofoqué desde luego el llanto, y el sentimiento, destruí al menos mis ensueños y esperanzas. Acepté, pues, mis deberes con todo su rigor y severidad. Lo único que me alentaba era la confianza que abrigaba de morir muy pronto. Por eso exaltada hasta la desesperacion he llegado hasta hoy. Esta mañana mismo, vos habeis visto que mi mano no temblaba y que me mantenía firme y tranquila. Hace muy pocas horas, cuando he pronunciado el sí ante Dios y los hombres, mi voz ha sido firme, y no he vacilado: estaba resignada y pronta; al menos lo creia así. Pero desde aquel momento ignoro lo que ha pasado por mí: lo único que sé decir, que hasta entonces nada habia comprendido. Habia dejado que llegase todo con la esperanza que nada se realizaria. Estaba fuera de mí. Despierta de repente como por un trueno, abrí los ojos y me encontré ¡ah de mí! cara á cara con la desgracia. Tuve miedo y quise huir... No recuerdo lo que despues haya pasado por mí.

—¿Habeis concluido? preguntó Mr. de Grand-Lieu.

—Todavía no, respondió María.

—Caballero de Grand-Lieu, volvió á continuar despues de vacilar un momento y bajando la cabeza; presumi demasiado de mis fuerzas, de mi abnegacion y de mi valor. Os he dado cuanto podia. El hombre á quien amo no es para mí mas que un recuerdo. Mi corazón es su sepulcro donde vivirá eternamente.

Y como Mr. de Grand-Lieu guardase silencio, repuso: —Disponed de mí.

Mr. de Grand-Lieu permaneció en silencio, el brazo apoyado en el sillón y la cabeza entre su mano.

María arrodillada siempre, esperaba la sentencia de su juez.

—Con que de un solo golpe y en un solo dia habeis destrozado tres corazones! exclamó al fin lleno de tristeza. ¡Desgraciada! el orgullo os ha perdido.

—¡Matadme, por piedad! exclamó María mesándose los cabellos con furor.

—Levantaos, señorita, dijo Mr. de Grand-Lieu con firmeza. La noche está muy avanzada, y vos tenéis necesidad de descanso. Dentro de algunas horas, si os dignais

recibirme, arreglaremos mutuamente la clase de relaciones que deben mediar entre nosotros ahora y para el porvenir. Fiaos en mí, y estad segura que en esto como en todo, consultaré siempre vuestro interés tanto como lo que convenga á mi propia honra.

Y como María permaneciese en la misma actitud, la tomó la mano y la hizo levantar á pesar suyo.

—Creo, y me parece que sereis de mi misma opinion, que nadie debe ni aun sospechar aquí el desenlace de este suceso. Vos no querreis abreviar los años de vuestro padre. De-



Las cenas del Directorio.

mento propicio.. No creais que pretendo escusarme ni atenuar mi falta; pero os debo decir, que despues que amaba no creí ya en vuestro amor; pensé que al pedir mi mano no habiais hecho mas que obedecer los deseos de vuestro padre, lo mismo que yo habia cedido á la manifiesta voluntad del mio. Creí que por el tiempo ambos podriamos romper sin disturbio el lazo que nos unia. Respecto á vos, no abrigaba mi conciencia remordimiento alguno; lo único que me preocupaba era mi padre. Un dia, en hora menguada, se compadeció de mi dolor. Escapose de mis labios la mitad de mi secreto, y arrojándome á sus piés, como estoy ahora á los vuestros, me atreví

mesa. ¿Podiamos ni debiamos aceptarla? Vos mismo comprendéis que no, y por lo tanto, en vez de romperla no se hizo mas que estrechar mas y mas nuestra cadena. Vos me amabais, al menos así me lo dijisteis. Nos devolviais nuestra palabra, pero sin retirar la vuestra. ¿Qué hacer en este caso? Entonces os tendí la mano.

—¿Habeis dicho todo? preguntó Mr. de Grand-Lieu.

—Todavía no, contestó la jóven.

Despues de un momento de silencio continuó:

—Dios que me ha de juzgar me es testigo que desde aquel dia fué completo el sacrificio en mi corazón. Impu-



Las cenas del Directorio.

masiadas víctimas hay ya. Si consentis le dejaremos que crea en nuestra mútua felicidad. Creed, sin embargo, que mis esfuerzos serán iguales á los vuestros. Que no os preocupe la esplicacion que daré á vuestro padre acerca de vuestra ausencia. Nada os diré en adelante. Procurad descansar, y que vuestro semblante no desmienta mañana mis razones. Ni os mataré, ni os encerraré en un convento: si alguien debe morir no sois ciertamente vos, señorita.

Al decir esto, Mr. de Grand-Lieu saludó reverentemente á su esposa. La jóven se lanzó en pos de él, y poniéndose delante de la puerta le impidió salir.

—¿Y quién debe morir, si no soy yo? exclamó entonces fuera de sí; ¿a quién quereis matar, caballero?

—Pero... si yo no quiero matar á nadie, contestó Mr. de Grand-Lieu con triste y tierna sonrisa.

—¿Lo jurais?

—Os lo prometo.

—Es que si teneis la desgracia de tocar á uno solo de sus cabellos, os juro que me quito la vida en presencia de mi padre.

—Ni aun os he preguntado su nombre, repuso Mr. de Grand-Lieu saludándola con frialdad.

Dicho esto salió. Empezaba ya á amanecer. Cuando pasadas algunas horas entró Mr. de Grand-Lieu en el cuarto de su esposa, la encontró atacada de una fuerte calentura. Sus manos ardian, sus ojos estaban fijos, y su aliento abrasaba. En su delirio, María veía á Octavio herido por su esposo, y le pedia gracia y perdón antes que espirase; pero aquel la rechazaba, y moría maldiciéndola... Mr. de Grand-Lieu sentado á su cabecera trataba de calmarla; pero como creía verle cubierto de la sangre de su amante, la desgraciada rechazaba sus cuidados y apartaba de él la vista con horror.

IV.

La enfermedad de María fué larga y se llegó á desesperar de salvarla: pero la juventud triunfó al fin. Mientras duró el peligro, Mr. de Grand-Lieu prodigó á su esposa los mayores cuidados sin que disminuyese un solo instante su atencion. María no abría una sola vez los ojos, sin verle constantemente en su alcoba, algo separado, es verdad, pero acudiendo siempre que ella necesitaba de algo. Ni una mirada la echaba, ni profería una palabra que pudiera hacer alusion á lo pasado, antes al contrario se mostraba siempre tierno y afectuoso. Tanta abnegacion produjo necesariamente sus frutos; la pobre jóven se lo agradeció en el alma: su corazon era demasiado puro para verse en algun modo humillada. Una noche que despertó depues de un largo sueño, vió á Mr. de Grand-Lieu sentado en un extremo del cuarto, profundamente entregado á sus pensamientos. María le contempló por algun tiempo con sentimiento exaltado de gratitud.

—Mr. de Grand-Lieu, exclamó al fin con voz apagada. Levantóse este presuroso, y se acercó al lecho de su esposa.

—Sentaos junto á mí, repuso María.

Y cuando lo hubo verificado continuó:

—Sois muy bueno.

El jóven esposo permaneció en silencio.

—Si, sois muy bueno, prosiguió María, y teneis un corazon en extremo generoso: ¿por qué no me dejais morir? ¿por qué quereis que viva?

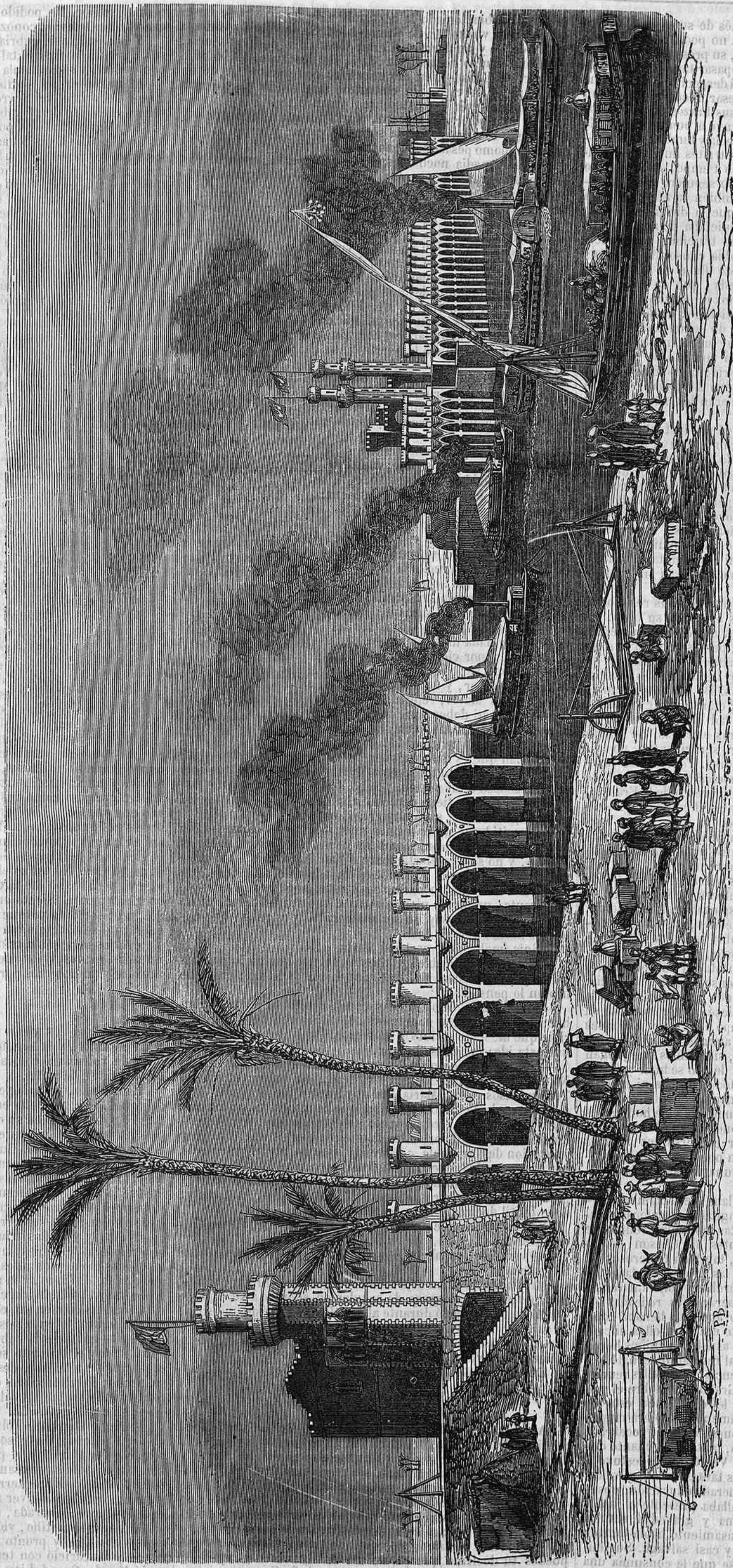
—Para que seais feliz, respondió Mr. de Grand-Lieu.

—¡Feliz! replicó ella moviendo tristemente la cabeza: ¿por qué me hablais así? Bien sabeis que para mí no existe felicidad alguna en el mundo.

—Vivireis para ser feliz, replicó el esposo con acento grave y seguro. Sois todavía una niña, añadió al momento con afecto y ternura; ¿podeis saber acaso cuál será vuestro porvenir? Tengo gran confianza por vos. A vuestra edad no hay desgracia alguna irreparable. Tened confianza como yo; yo os respondo de vuestra felicidad.

—¿Y quién me responderá de la vuestra? exclamó María con desesperacion.

—No os cuideis de ella, repuso Mr. de Grand-Lieu; vivid,



Portazgo del Nilo.

—Ninguna que no sea conforme con vuestra felicidad. Mas tarde os lo explicaré: ahora estais demasiado debil para escucharme. Os lo repito, tened confianza: la vida encierra para vos mil deliciosos momentos.

—Nunca hablais mas que de mí, replicó ella con inquietud: pero ¿y vos, caballero? ¿y vos? Vuestra suerte es la que ahora me preocupa y no la mia.

—Querida María, la dijo Mr. de Grand-Lieu tomándola la mano; la conversacion os fatiga. Ved cómo se inflama vuestra sangre, y cómo redobla vuestra agitacion. Calmaos y descansad; solo se trata ahora de que vivais; de lo demás yo respondo ante Dios.

—Decidme solamente que me perdonais.

—¡Perdonaros! ¿y de qué? la preguntó besándola la mano.

María quiso continuar hablando; pero Mr. de Grand-Lieu se lo impidió con un signo de cariño, no tardando en dormirse con una de sus manos entre las de su esposa. Este permaneció junto á ella el resto de la noche. ¿Quién podría decir lo que pasó durante sus largas horas en aquella alma combatida?

Durante un mes todavía, la vida de la jóven estuvo próxima á sucumbir. A decir verdad, debió su salvacion menos á la fuerza de sus pocos años, que á los solícitos cuidados de su padre y de su esposo. Ambos cariños reunidos la disputaron á la muerte con valor. Creo, por mi parte, que á fuerza de amarlas se impide á las gentes que mueran. Si el peligro fué largo, mucho mas larga fué todavía la convalecencia: los dias que esta dura, son sin embargo mas encantadores, melancólicos y dulces que los dias últimos de otoño. Conviene estar enfermo aunque no sea mas que para convalecer; porque este estado es, á no dudar, uno de los mejores que se conocen. Nuestra alma se reconcentra toda entera en el dulce placer de haber salvado la vida. Fatigada con las torturas del cuerpo, no tiene energia alguna para sus propios sufrimientos, no conservando de todo mas que un recuerdo vago, semejante á la impresion que producen los ensueños, y dejándose arrastrar muellemente por la onda que la acaricia y la baña. Parece que se ha nacido ayer, y que se comienza una nueva vida. Todo sonrie en derredor y la festeja: alégrase la amistad, y la benevolencia se aumenta. La conciencia del propio bienestar se muestra en todos los semblantes. Sucede á la convalecencia lo que á la infancia; que todos la rodean, la acarician y la miman, dándole todo, y no pidiéndola nada.

María se vió tambien rodeada de estas benéficas influencias. La alegría de sus criados al verla sana y salva, y la felicidad de su padre al verla retornar á la existencia, embalsamaron su corazon como un saludable rocío. La imagen de Octavio, aun cuando, presente siempre, habia perdido mucho de su valor: parecia que al desaparecer la fiebre se habia llevado con ella todo cuanto tenia de ardiente y acre. En el alma de María ocupaban el lugar que antes poseyera el amante, otras ideas confusas, inciertas, parecidas á esos rumores vagos, que se oyen al rayar el dia. A veces, recordando la conducta de su marido, y lo que habia sido para ella, caía absorta en mil pensamientos, apareciéndosele la figura de Mr. de Grand-Lieu, siempre grave, misteriosa y poética. María se complacia en repasar en su mente todos los detalles de aquella grande y sublime abnegacion. Recordaba con doloroso encanto aquella sombría y terri-

...y quedareis un dia asombrada al ver cuán fácil es disminuir las dificultades que ahora os parecen insuperables. Descansad en mí acerca de esto. —¿Qué pretendéis pues? preguntó María alarmada. ¿Qué esperais, y cuál es vuestra resolucion?



Mr. de Grand-Lieu se sonrió tristemente. En vano trató de retenerle; había montado ya.  
—Quedaos, insistió la joven; os lo ruego, solo os pido un día de descanso, un solo día. ¿Me lo negareis? añadió mirándole con indecible cariño.  
Mr. de Grand-Lieu solo contestaba con una mirada profundamente melancólica. Su corcel entre tanto pafaba y tasca el freno, devorado de impaciencia.  
—María, dijo al fin el atormentado esposo; nunca os he visto tan contenta y feliz como esta mañana.  
—¡Ah! sí, en efecto: soy completamente feliz.  
Y en su semblante se hallaban retratadas la dicha y la paz que su alma disfrutaba.  
—Segun parece habeis recibido noticias muy satisfactorias.  
Y dando de espuelas al caballo partió al galope.

María, sorprendida entonces, quiso llamarle, pero la voz se le ahogó en la garganta. Siguió con la vista mucho tiempo, y por mas tiempo aun prestó atento oído al rumor de los pasos del caballo; y cuando hubo desaparecido y nada mas oyó, se dirigió á su cuarto y se encerró.  
La infortunada joven pasó aquel día entregada á la mas dolorosa agonía, y creyó que la noche no llegaría nunca. En vano trató de procurarse algun descanso: para abreviar el tiempo creyó mejor el pasear; pero la parecía que la sombra de los árboles no se movía de su lugar. Por los senderos que cruzaban el bosque, vió entonces pasar á caballo algunos habitantes de las cercanías, no reunidos sino uno á uno, y muy separados, armados con una escopeta de dos cañones cada uno, preocupados, y enteramente entregados á sus reflexiones, tomando todos el camino por donde había marchado antes Mr. de Grand-Lieu. Asaltóla al instante un funesto presentimiento, é inquieta y alarmada trató de buscar á su padre y preguntarle la causa de aquel misterio.

—¿Qué sucede, padre mio? le preguntó: hace algun tiempo que noto que en derredor nuestro todo se agita y se conmueve. Todo lo ignoro y nada se me ha dicho; pero el corazon me anuncia que nos va á suceder una gran desgracia. Estamos sobre un volcan que estallará en el momento menos pensado, y la tierra tiembla bajo nuestros piés.

El anciano trató de tranquilizar á su hija.  
—No temo por mí, exclamó María interrumpiéndole, pero ¿estais seguro que Mr. de Grand-Lieu no habrá tomado en ello una parte activa? ¿Por qué se ausenta con frecuencia? Ayer llegó á media noche, y esta mañana temprano ha vuelto á marchar, sin que mis ruegos hayan logrado detenerle. ¿Es verdad, padre mio, que ignorais sus proyectos? Tal vez si vos le hablais lograreis mas que yo. Recordar á Mr. de Grand-Lieu que le habeis confiado la felicidad de vuestra hija: hace ya mucho tiempo que lo olvidá, padre mio.

—No tal, hija mia, no tal, contestó el noble anciano: respondiendo de su amor y de su cuidado por tí. Esta mañana mismo antes de marchar hemos hablado largamente, y en toda nuestra conversacion no se ha tratado mas que de tí, querida mia. Su corazon generoso no está ocupado mas que de tí; solo mi amor y mi cariño pueden compararse al suyo.

—Y sin embargo se aleja de nosotros, exclamó María devorando sus lágrimas.  
—Tú desconoces sus intenciones; hija mia: tu esposo solo trata de reparar los desastres que le han sobrevenido, y en esto como en todo, no tiene otro objeto mas que asegurar tu felicidad. Esta mañana mismo me hablaba de ello, y al abrazarme al despedirse solo ha pronunciado tu nombre.

—Os engaña, padre mio, os engaña, exclamó María anegada en lágrimas. No se trata de su fortuna ni de mi felicidad, sino de nuestra desgracia.  
Y esto diciendo, se separó de su padre y huyó desesperada. Por no se qué fatal instinto entró en el cuarto de su esposo: todo lo halló en desorden. El suelo se hallaba cubierto de menudos pedazos de papel salpicados de sangre, y sobre los muebles yacian varias armas. La cama estaba intacta; prueba evidente que Mr. de Grand-Lieu no se había acostado aquella noche. Sobre el mármol de la chimenea encontró un molde de hacer balas, y restos de plomo. Mas lejos algunos paquetes de pólvora vacíos. ¡Ninguna carta ni escrito! María lo rebusó todo, pero en vano. Unicamente tropezó con una caja de palo-santo que contenia el retrato del padre de Mr. de Grand-Lieu, y un ramo de secas flores, que ella reconoció por haber cogido por sí misma, y adornado un día su pecho.

María abandonó aquel cuarto, mucho mas preocupada y temerosa que antes de entrar; pero al contemplar el sol que descendía hacia su ocaso, se sintió algo mas libre del peso que la oprimía, y respiró mejor. Los criados aseguraban que Mr. de Grand-Lieu había ofrecido regresar antes que cerrase la noche. La atrevida joven fué á sentarse á la falda de un montecillo junto al camino, y á las orillas del Sevre. La noche se iba acercando á pasos agigantados, y el menor ruido que llegaba á sus oídos la hacia palpar como una conmocion eléctrica. Acertó entonces á pasar por allí un habitante de la cercana aldea, y María le detuvo para preguntarle lo que ocurría.

—¿Qué dicen? ¿qué se hace? ¿está el pais tranquilo?  
El buen hombre movió la cabeza con aire de incredulidad.  
—Ya ha vuelto el mal tiempo, contestó.

Y prosiguió su camino.  
Esta respuesta amedrentó á María. Sin embargo, en medio de todas sus agonías, no dejaba de sentir cierta sensacion de placer inmensa y profunda como la mar, en la que se sumergía sin pensar. Al través de aquellos tempestuosos clamores que la asustaban, oia una voz encantadora que las hacia acallar todas, por breves momentos, y que ella escuchaba trasportada.

Pero la noche cerraba, y Mr. de Grand-Lieu no parecía. Al ver regresar á los labriegos de sus faenas campestres, María se dirigió tristemente á la casa de campo vecina. En ella encontró reunida la familia hablando de los asuntos del día: esto era precisamente lo que buscaba. Tomó pues una silla y se sentó. Las versiones eran contradictorias. Quién decía que se habían batido junto á Tiffauges, y otros aseguraban que en las cercanías de Herbers; pero todos convenían que en Clisson habían tocado á generala durante todo el día. Las tropas de Nantes, llegadas la víspera, habían tomado posiciones en los alrededores. Todo el pais se hallaba sobre las armas. Dijeron tambien, durante la conversacion, los nom-

bres de algunos de los jefes insurgentes. Es verdad que no pronunciaron el de Mr. de Grand-Lieu; pero María observó que se la miraba al soslayo. Hablóse tambien de cierta reunion misteriosa, y el mas joven de la familia aseguró haber visto aquella misma noche muchos caballeros armados introducirse en el castillo de la Penissiere, y nombró á varios de entre ellos.

—¿Visteis, acaso, á Mr. de Grand-Lieu? preguntó María esforzándose á sonreírse.  
—No señora, contestó el joven, no he visto á Mr. de Grand-Lieu.

—Si no hubiera muerto hubierais visto el retrato de su padre, añadió el jefe de la familia, antiguo é incorregible vengano.

—En vuestros tiempos solo tuvisteis tres haciendas incendiadas, y todavía creéis que fué poco, dijo entonces una muger joven, estrechando al mismo tiempo entre sus brazos un niño de pecho. Sin duda quereis que vuestros hijos sean tan desgraciados como sus padres.

El anciano, por toda respuesta, se encojió de hombros, y fijó su vista en un retrato de Charette que había colgado á la pared.

María no quiso detenerse mas y se retiró: la noche estaba oscura, y el cielo preñado de nubes mucho mas negras aun. La tempestad gruñía á lo lejos, y algunas gruesas gotas de lluvia anunciaban su llegada. La desolada esposa entró en su casa, pero Mr. de Grand-Lieu no había regresado todavía. Mr. de Kerouare trató de inspirar á su hija una confianza de que no participaba él mismo. Hacia ya algunas horas que habían llegado á sus oídos ciertos rumores siniestros. Durante la ausencia de María, la autoridad había practicado en el castillo una visita domiciliaria, apoderándose de las armas y papeles que Mr. de Grand-Lieu había dejado en su cuarto. Iguales pesquisas se hicieron el mismo día y hora en el de Grand-Lieu, anunciándolo así un antiguo criado que fué á avisar á su amo. En los alrededores se notaron la víspera ciertos movimientos desusados. Varios destacamentos de infantería exploraron minuciosamente los bosques de las inmediaciones; se vieron brillar las bayonetas; se oyó el redoble de los tambores y el sonido del clarín; las campanas de Clisson no cesaban en sus tañidos, y el viento llevaba á Kerouare los ayes de los moribundos. Quiso ocultar á Mad. de Grand-Lieu una buena parte de lo que ocurría, pero la consternacion que reinaba en los semblantes se lo descubrió todo.

(Continuará.)

## REVISTA DE TEATROS.

EL DOMINÓ AZUL, ZARZUELA EN TRES ACTOS DE D. FRANCISCO CAMPRON, MÚSICA DE D. EMILIO ARRIETA.

El estreno de esta zarzuela en el teatro de la plazuela del Rey, centro en donde parece haberse fijado el inconstante favor del público madrileño, ha sido un verdadero acontecimiento artístico. Se trataba en efecto de juzgar y apreciar lo que había de justo y merecido en la reputacion de un joven compositor cuyas obras eran solo conocidas en España de un escaso aunque distinguido círculo; y que si bien aplaudido en algunos de los primeros teatros extranjeros, aun no había recibido en su patria el bautismo de la publicidad. El señor Arrieta había compuesto dos óperas; la *Ildegonda* y la *Conquistada de Granada*; la primera, despues de haber obtenido un gran éxito en el primer teatro de Milan, seguia representándose con el mismo aplauso en los demás coliseos de Italia, y últimamente acababa de excitar un grande entusiasmo en la escena lirica de Lisboa: la segunda no había podido recorrer la misma senda de triunfos, porque la censura austriaca, siempre celosa y suspicaz, la había prohibido en Milan antes de su estreno; pero en cambio los favorecidos que habían tenido el gusto de escucharla en el teatro privado de S. M., se hacian lenguas de su mérito. Todas estas circunstancias unidas á la de haber desempeñado el señor Arrieta el cargo de maestro de música de nuestra soberana durante algun tiempo, habían rodeado su nombre de cierta aureola, le habían creado una reputacion que no por ser desconocidos á la generalidad del público los títulos en que se apoyaba, dejaba por eso de tener importancia; muy al contrario, sabido es que nos formamos siempre una idea exagerada de todo aquello que oímos ensalzar sin conocerlo. Hemos hecho de propósito estas observaciones, para que se comprenda mas fácilmente el interés y la curiosidad con que el público acudió al teatro del Circo la noche de la primera representacion del *Dominó azul*.

Prescindiremos ahora del libro del señor Campron, que no es nuestro ánimo examinar en el presente artículo, y que nos veriamos en la necesidad de tratar con severidad, teniendo en cuenta los antecedentes literarios de su autor, y lo que debiamos esperar de su talento despues de las dos partes de *Flor de un día*. El señor Campron nos ha demostrado con el *Dominó azul*, que conoce perfectamente las condiciones que debe reunir una obra de esta clase: su plan está dispuesto con habilidad; las situaciones musicales perfectamente elegidas; pero estas dotes no pueden compensar la poca novedad de sus recursos, la falta de interés y de colorido, las incorrecciones en fin, de que se halla plagada su obra. Por una transicion brusca, despues de habernos dado una muestra de su apasionada y vigorosa inspiracion en los dos dramas que arriba citamos, se nos ha venido ahora con una obra en la que no hay mas que *oficio*; obra no muy digna á la verdad de las perlas que sobre ella ha derramado la elegante y fácil vena musical del señor Arrieta.

Aunque no es posible apreciar en la primera representacion las bellezas de una obra de este género, como lo prueban los descalabros que han sufrido en su estreno muchas partituras que han llegado despues á ser populares; la escogida y numerosa concurrencia que llenaba las localidades del teatro del Circo, saludó desde la primera noche con unanimidad y entusiastas aclamaciones la música del *Dominó azul*. Desde los primeros acordes de la orquesta, empezó ya á conocerse la mano inteligente y segura del maestro, para quien el arte apenas tiene ya dificultades, y que puede por lo mismo abandonarse al vuelo de su inspiracion. La escena y coros

de la introduccion comenzaron ya á ahuyentar esa fina gravedad con que nuestro público acostumbra á asistir á las primeras representaciones de aquellas obras de que oye hablar con elogio anticipadamente, hasta el punto de que al llegar aquellos versos del coro

En la elegante desenvoltura en el semblante de Serafin, etc.

espresados por una frase musical, *elegantemente desenvuelta*, pidió entusiasmado la repeticion de toda la pieza. Desde este momento hasta la conclusion, se volvieron á repetir otras, tales como el duo de Herman y Leonor en el primer acto.

Cuando un galán se enamora de una belleza cual vos, etc.

y el aria y coros que sirven de introduccion al tercer acto:

La corte murmura de aquella aventura que anoche en las máscaras, etc.

sin que dejara ninguna pieza de aplaudirse con calor, y llamando el público dos veces á los autores al palco escénico.

No es nuestro ánimo hacer aquí el análisis minucioso de la particion del señor Arrieta; en primer lugar porque somos completamente extraños al tecnicismo del arte, y en segundo, porque esto en nuestra opinion á nada conduce. A los que no la hayan oido todavía les aconsejamos que se apresuren á hacerlo, seguros de que ya sean profanos ó inteligentes, no tendrán por qué arrepentirse. Además, nada hay mas indefinible, ni mas difícil que explicar el *por qué* de la belleza y de los infinitos matices del sentimiento artístico. Hofiman, escritor que suele envolver con una capa de fantasía y de extravagancia pensamientos sumamente profundos y verdaderos, nos representa en uno de sus cuentos al diablo acercándose por detrás á un pintor que estaba bosquejando un paisaje.

—Conozco que estás enamorado, le dice el diablo.

—¿Y en qué lo conoceis? preguntó el pintor.

—En la manera con que habeis pintado esos árboles.

¿Hay en efecto quien pueda explicar por qué una combinacion melódica hiera mas que otra las fibras del corazon? ¿por qué esta produce el entusiasmo y aquella la languidez? Estas cosas las adivinan y las comprenden las organizaciones privilegiadas, pero no las preguntéis la razon de sus sensaciones, porque esto seria tanto como querer amoldar á las prescripciones matemáticas un arte, que segun la falsa definicion de un escritor francés, no es otra cosa que la *revelacion de lo infinito*.

La música del señor Arrieta se distingue por su factura elegante y correa y por el sello de originalidad que imprime á todas sus melodias. Amoldando su genio á las exigencias de este género de composiciones, ha sabido dar á todas sus piezas cierto corte ligero y gracioso que cautiva lo mismo á los entendidos que á los que no lo son. De este modo solamente se comprenderá que habiendo trabajado sobre un libro de interés escaso, que cuenta catorce escenas musicales, es decir, tantas como cualquier ópera de regulares dimensiones, lejos de dar el público ni un momento señales de cansancio, se retira disgustado porque el músico no ha tomado parte en el final de la zarzuela.

Una de las cualidades en que mas sobresale el señor Arrieta es en el superior manejo de la orquesta y de las voces; en la admirable union con que ambas caminan á producir su efecto insinuándose agradablemente en los oídos del auditorio. El señor Arrieta procura y consigue siempre no incurrir en la monotonía, escollo en que se han estrellado muchas veces compositores de genio al escribir para el teatro. En todas sus piezas está hábilmente manejado el claro-oscuro, preparando con un admirable tino esos efectos de sorpresa que jamás se escuchan sin un estremecimiento de placer, y que levantan en el auditorio esos suaves murmullos de aprobacion que valen para el compositor mas que las coronas y los aplausos mas ruidosos.

Embarazados nos hallariamos para señalar las piezas del *Dominó azul* mas dignas de elogio: todas ellas son bellísimas; todas han sido y continúan siendo unánimemente aplaudidas si se exceptúa el coro de cortesanos del tercer acto, y este no porque disguste, sino porque es tal vez de un carácter demasiado severo, y se separa algun tanto del tono general de la obra. Algunas de ellas se hacen repetir todas las noches, y entre estas el aria y coros de introduccion del tercer acto excita un verdadero entusiasmo.

El arte español está de enhorabuena: la ópera nacional que hace tres años se consideraba como un sueño, como una quimera imposible, es hoy un hecho, una verdad incuestionable. ¿Qué nos importa que sea bajo esta ó la otra forma? Lo que no tiene duda es que la música española no se halla hoy solamente reducida al repertorio de nuestras canciones populares: hace tiempo que la hemos comenzado á vislumbrar en las composiciones de algunos de nuestros jóvenes maestros, y el señor Arrieta ha venido á imprimirla un carácter aun mas determinado, mas visible, mas adecuado á su índole.

Antes de concluir, añadiremos dos palabras acerca de la ejecucion. Decir que el señor Salas, uno de los principales pilares en que descansa el porvenir de la zarzuela ó ópera española, ha estado bien, será casi una redundancia. Sin embargo, en la interpretacion del papel de marqués de San Marin ha escudido nuestras esperanzas y las del público que le aplaudió sin descanso.

La señora Santa María ha cantado su parte con suma gracia y precision, y le ha representado mucho mejor de lo que debía esperarse de su inesperienza en el arte de la declamacion. Lo mismo diriamos de la señora Moreno si desterrase cierta monotonía, que tal vez tenga origen en el timbre algo gastado de su voz. El señor Gonzalez muy bien: el señor Calvet perfectamente como actor, pero descolorido como cantante. Los coros inmejorables y la orquesta, gracias á la hábil direccion del señor Gaztambide, ha llenado perfectamente su mision. En suma; la ejecucion del *Dominó azul* ha sido y es lo mas perfecto que se ha hecho hasta ahora en el teatro del Circo.



Una historia de ayer.

## PEREGRINACIONES,

## ESCAPATORIAS Y AVENTURAS DE UN PERRO CARLIN,

ESCRITAS POR SU AMIGO MOUMOUTE.

## EPILOGO.

Hé ahí la vida de Carnage, mis queridos lectores gatunos: os la he referido lo mismo que él me la contó, y le he dejado hablar hasta aquí. Ahora vuelvo a tomar la palabra.

La posición de mi amigo no podía ser mas brillante cuando por mis pecados conseguí entrar en casa de la marquesa. Por mis *Memorias* se sabe ya cuáles eran mis ambiciosos deseos; pero nunca cesaré de elogiar la noble conducta de Carnage para conmigo, así como su entrañable afecto y el desinterés con que siempre procedió en todo cuanto tenía relación con mi suerte.

¿De qué modo correspondía yo á sus señalados favores? No encontré mejor expediente que matarle las pulgas, lo cual hacía con un cariño verdaderamente fraternal.

—¡Ah! Si nos observase un pintor... esclamaba yo entonces.

Por desgracia había dos razones para que un pintor no nos viese: primera, que en el comedor de la marquesa no entraba la menor cosa que se asemejase á un artista; segunda, que aquella operación solo tenía lugar de noche y en medio de la oscuridad mas profunda. Esto no obstante, me ocurrió la idea de que semejantes escenas quedasen eternizadas como un testimonio auténtico de nuestra intimidad, para ejemplo de perros y gatos, y acordándome de los principios de dibujo que había aprendido durante mi permanencia en casa del sabio (el que se empeñó en hacerme mayar á compás), tracé un croquis que nos representaba á Carnage y á mí, matándonos mutuamente las pulgas delante de la puerta de su dormitorio.

A la gata de un pintor vecino nuestro debo el haberme perfeccionado lo bastante para poder dejar á la posteridad este monumento de nuestro afecto. Debo consignarlo aquí como una prueba de mi gratitud á los desvelos de dicha gata.

Cuando recuerdo algunas veces la posición que tenía Carnage, mi ojo (porque no se habrá olvidado que soy tuerto, merced al garrotazo de mi amigo Polichinela) se llena de lágrimas y los remordimientos mas crueles destrozan mi corazón.

—¡Pobre Carnage! ¡Modelo de amistad! ¡Héroe insigne! Tu nombre debe ser inmortal.

Me arrojan unos pillos al agua. ¿Quién me salva la vida? Carnage. ¿Cómo queda recompensada su abnegación? Cayendo como yo en manos de un tirano saltimbanqui, que no tiene escrúpulo en especular con nuestra amistad y hacer que nos salvemos las vidas recíprocamente de cinco en cinco minutos. ¡Oh! si Carnage hubiera querido, hubiera logrado escaparse del poder de aquel bárbaro, volver al lado de la

marquesa, y entrar de nuevo en el goce de sus placeres habituales; pero tenía que abandonarme á mi suerte, y prefirió sacrificarse á sus propias comodidades.

¡Ah! Ciertamente que no éramos felices en casa de nuestro implacable verdugo: yo comía una escasa ración de cordilla, y el pobre Carnage una mala sopa. ¡Una mala sopa para un perro noble, acostumbrado al lujo, á los regalos y á los mas opíparos banquetes! Y á pesar de todo, nunca despidieron sus labios un suspiro ni una queja. Conocía que el haberlo hubiera sido reconvenirme por mi conducta en casa de la marquesa, y se abstenía de murmurar por no acrecentar mis penas y sufrimientos.

¡Generoso amigo! Algunas veces le decía:

—¡Cuánto debes sufrir en esta zahurda! Estas tan avezado á las comodidades de una vida opulenta...

Por única contestación me estrechaba la pata y murmuraba estas palabras:

—No estas conmigo? ¿Qué mas puedo desear?

—Sin embargo aquí debes ser muy desgraciado...

—¡Desgraciado en tu compañía! ¿Cómo puedes creerlo? No hay duda que en el hotel de la marquesa eran mis alimentos mas delicados y mi habitación mas lujosa, pero todo ello vale menos que la estrecha amistad que nos une. Puedes estar seguro de que nunca he sido tan feliz como desde que llegué á conocerte.

Cuando yo me quejaba... (¡Y me atrevía á hacerlo, al paso que él sufría con paciencia ejemplar nuestros trabajos!) se encargaba Carnage de consolarme, presentándome la esperanza de un porvenir mas halagüeño: sus palabras derramaban en mi pecho un bálsamo saludable, y la serenidad renació en mi semblante. ¡Ah! Yo le quería con todo mi corazón por sus beneficios, y no cesaba de repetir la siguiente sentencia, que había oído muchas veces durante mi permanencia en el *Teatro Francés*.

«La amistad de un gran perro es un favor de los dioses inmortales.»

Júzguese pues lo que debí sufrir al perder un amigo tan fiel. Imposible sería pintar mi dolor, pues no tuvo límites en los primeros días. Sin embargo, fué perdiendo poco á poco su violencia, y lo reemplazó una dulce tristeza, que alegraban dos ideas inseparables de mi mente: la primera consistía en que yo iba ya envejeciendo y por lo tanto no tardaría en reunirme con mi Carnage; la segunda, en que, despues de haber sido este tan bueno y tan generoso en el mundo de los vivos, sin duda se hallaba disfrutando mil delicias en los Campos Eliseos de los perros.

La existencia de esa region, semejante á la que ocupan Aquiles, César, Alejandro, Homero, Virgilio, Ovidio y todos los hombres grandes de la Odisea y de la Eneida, me fué revelada por un sueño, que voy á referir á mis jóvenes gatos, con el objeto de hacerles desear todas las felicidades de Carnage.

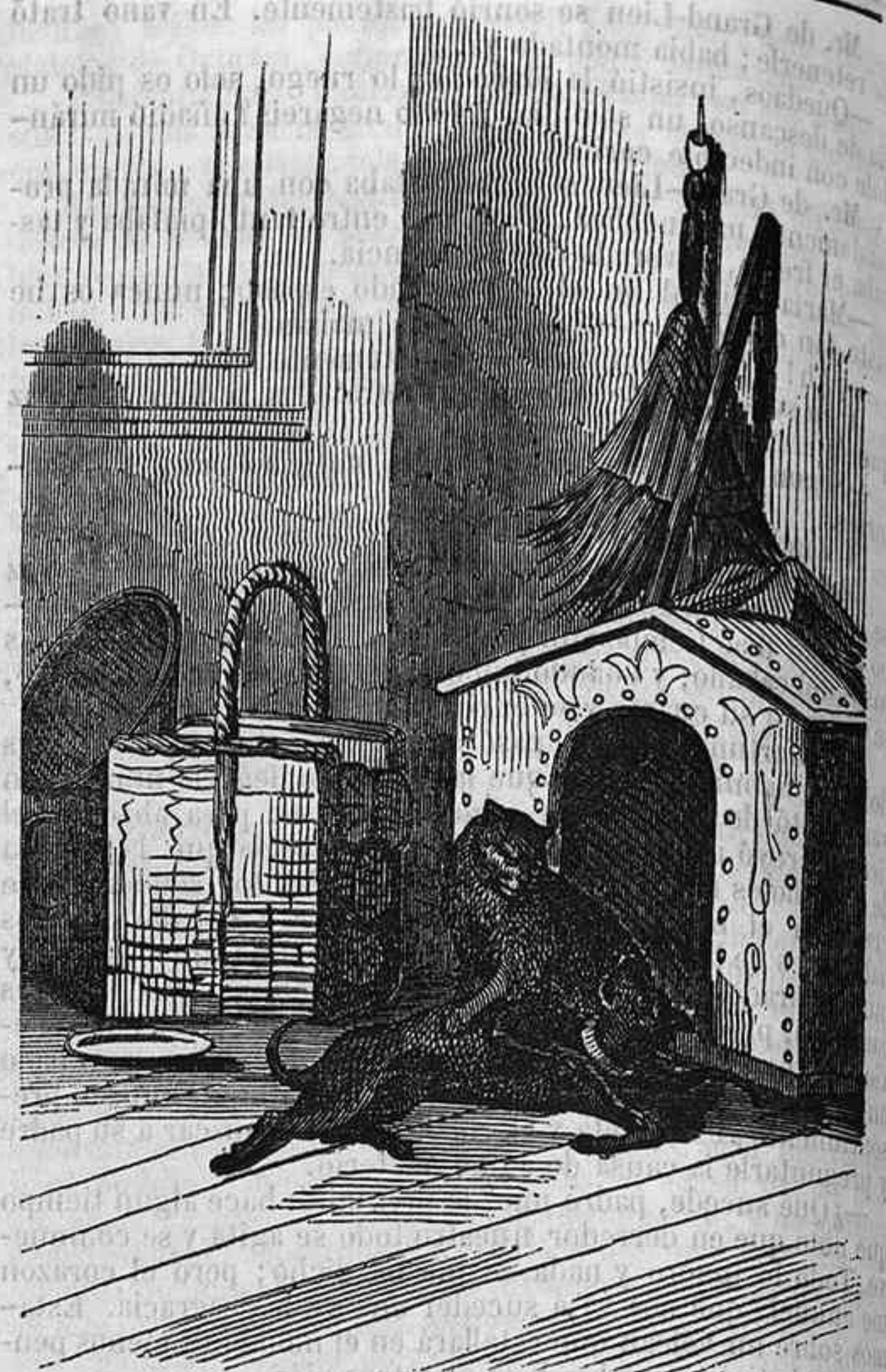
Dos días despues de haber perdido á este inseparable compañero, fué cuando pude cerrar mi ojo, cansado ya de llorar. De repente me encontré en medio de un jardín delicioso,



Aventuras de Carnage.

llo de sombras de perros y de gatos, que alzaban las narices para aspirar el aromático olor que se esparcía por el aire. Allí había perfumes de carnes cocidas, de salchichas, de morcillas, de chorizos... de toda clase de embutidos; procuré indagar de qué provenían tan exquisitos olores, y no tardé en hallar arbolillos, al alcance de las felices sombras, de los cuales pendían exquisitos manjares: las sombras no tenían mas que abrir la boca para refocilarse el estómago con tan raras frutas. Arroyos de agua cristalina cruzaban el terreno de aquella alegre mansion, y lagos de leche contribuían á su frescura, convidando á las sombras á bañarse en ellos.

Yo estaba absorto y contemplaba con asombro, no solo aquellas maravillas, sino las sombras de perros que pasaban delante de mí.



Aventuras de Carnage.

—¡Ah! Si estuviese aquí Carnage... esclamé; mas al punto le ví llegar y arrojarse con ahinco á una riquísima sobreesada que ya había llamado mi atención.

Me vió cuando iba á engullir tan sobresaliente trozo, volvíse hácia mí y me alargó la pata.

—Estas ahí, pobre amigo mio, me dijo: ya ves que me encuentro perfectamente entre estos animales tan felices como yo; nada me faltaría si te vieses entre nosotros, pero puedes tranquilizarte, pronto se me cumplirá ese deseo. Aquí vendrás, Moumoute, á los Campos Eliseos de los gatos, y cuando llegue ese día, me tendré por completamente dichoso, porque estaremos juntos y recordaremos nuestra historia del tiempo pasado.

Dicho esto, la sombra de Carnage me estrechó de nuevo la pata... y me desperté.

Este hermoso sueño ha quedado esculpido en mi memoria, y al presente me sirve del mayor consuelo el saber que mi amigo es feliz y que algun día volveré á abrazarle.

Llegue pronto ese día que aguardo sin temor; ya que he concluido de garrapatear las aventuras de Carnage, nada me detiene en el mundo. Quién sabe si habrá llegado ya el último instante de mi vida... recuerdo que al entrar aquí para dejar consignadas las aventuras de mi amigo, he cerrado yo mismo involuntariamente la ventana... Me veo pues emparedado, y si no viene pronto el inquilino de este zaquizamí, moriré en él. ¡Ah! moriré contento para reunirme á Carnage...

Y vosotros, jóvenes gatos, si llegáis á poseer mi manuscrito, leed la vida de ese perro, y no olvidéis que la dicha se encuentra en la amistad, en el desinterés y en todos los buenos sentimientos, mas bien que en el lujo y en las riquezas. Procurad pues imitar las excelentes cualidades de mi querido Carnage.

## NOTA PRIMERA.

No nos es posible abandonar la pluma sin recordar á nuestros lectores que son deudores de las *Memorias* de Carnage y de Moumoute á los profundos conocimientos en el idioma gatuno de nuestro sabio amigo el poligloto. Este hombre sabio nos ha cumplido su palabra, según hemos visto, traduciendo en quince días los garrapatos de Moumoute. Despues nos lo ha leído delante del disecado cadáver del famoso gato que, á no estar conforme la version con el original, se hubiera estremecido.

## NOTA SEGUNDA.

En el momento mismo en que corregía las pruebas de estas *Memorias* he tenido noticias recientes de mi sabio amigo. ¡Y qué noticias!

Por sus grandes conocimientos en el idioma gatuno ha sido nombrado secretario del gran *Scha* de Persia, y aun se ha dicho que debe esta envidiable posición al acierto con que ha sabido traducir las *Memorias* de Carnage.

Despues de haberlas leído, no podía obrar de otro modo aquel soberano.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.